

EN LA MUERTE DE UN AMIGO

Por JOSE MARIA CHACON Y CALVO

(A la memoria de Carlos Azcárate y Rosell).

ERA yo muy niño y recuerdo que pasaba largas horas en mi casa frente a un libro de finas cubiertas aterciopeladas, con un retrato en miniatura de la joven a la que recordaban los escritores que colaboraron en aquel álbum necrológico. Quizá fué mi primer conocimiento de algunos poetas y prosistas, de nuestro siglo XIX. Eran composiciones escritas de 1882 a 1887. Había poesías de Enrique José Varona, Aurelia Castillo de González y Julián del Casal, entre otras. Eran autógrafos, de letra clarísima. Algunas producciones en prosa tenían una delicada tonalidad poética. Recuerdo que una de ellas me hizo una impresión profunda. Se titulaba: ¡Llorad! La firmaba don Nicolás Azcárate, el insigne reformista cubano. Aquella prosa se quedó para siempre en mi memoria. ¡Qué ritmo de elegía había en esa página sin demasiado aire romántico, y con una honda sinceridad en su acento! Comenzaba así la colaboración de don Nicolás Azcárate en el álbum de María Chacón y Calderón, muerta a los trece años:

«Dos años hace ya ¡oh padres infortunados de María! que trémulos de emoción, la sacamos de vuestra casa los amigos, cubriendo la linda imagen de flores, mientras nos parecía sentir sobre nuestras frentes, como música del cielo, el ruido de las alas con que su espíritu volaba a lo infinito».

Después venía la iluminación de una vida por el constante recuerdo. Luego la palabra imprescindible, que salía de lo más hondo de una amistad de muchos años:

«¿Por qué lloráis? os preguntan los poetas.

Porque era nuestra hija, decidles, porque era sangre de nuestra sangre, pedazo de nuestro ser, flor de nuestros amores, luz de nuestras esperanzas; sus ojos, nuestro sol, nuestro cielo, su sonrisa.

Porque deben morir los padres, respondedles, y no los hijos. Y porque si la ley se cambia y muere un hijo, es porque Dios necesita lágrimas para redimir a la humanidad de las pasiones que la esclavizan, y entonces deben llorar sin tasa los padres en cumplimiento de la voluntad divina».

Escribe don Nicolás Azcárate en este álbum en 1882. Ha luchado mucho en la vida, ha sufrido profundos desengaños, ha sentido, más de una vez, como si fueran a naufragar sus más grandes ideales. A ellos se mantuvo fiel con una tenacidad que muchas veces llegó al sacrificio.

Ya he dicho que tenía muy pocos años cuando leía y releía aquel viejo álbum necrológico. Nada podía saber de la significación de ciertos nombres. Pero a aquellos poetas y prosistas los sentía como amigos familiares. Sólo con uno de ellos, con don Enrique José Varona, pude hablar de su contribución a ese álbum de recuerdos. Y don Enrique, una «pura flor de mármol» que tuvo el don de lágrimas, me repitió su cincelado soneto, que decía así en el cuarteto inicial:

«La candorosa faz descolorida,
el grácil cuello sobre el pecho,
(inerte,

las pupilas sin luz, que triste es
(verte
con esa helada palidez dormida».

Pasaron los años. En 1918 servía yo un cargo en la Secretaría de Justicia. Don Luis Azcárate y Fesser, hijo mayor de don Nicolás, estaba al frente del Departamento. Le recuerdo como un símbolo de la espiritual cortesía. Esa cortesía que es testimonio de un profundo equilibrio interior, de una luminosa y pura vida del espíritu. Tenía don Luis preocupaciones muy hondas, problemas que le llevaban casi todo su tiempo. Yo le hablé de una poetisa olvidada, llena de soledad y de tristeza. Había sido contertulia de las Noches Literarias de don Nicolás Azcárate. Era Luisa Pérez de Zambrana. Y el ministro olvidó sus problemas, sus ocupaciones, y me dijo: vamos a visitar a doña Luisa. Vamos a recordar junto a ella, otros tiempos. Y una tarde, con otros amigos, acompañé a don Luis a visitar la morada humilde de la que don Enrique José Varona llamó «la más insigne elegiaca de nuestra lirica».

Había en la página recordada antes del reformista cubano, había en la vista del hombre de gobierno a la casa de una poetisa llena de soledad, de una grande y dolorida mujer, un testimonio de profunda y creadora espiritualidad. Sentía este testimonio en dos generaciones. Don Nicolás había sido amigo de los de mi sangre, a don Luis, pude conocerle y tratarle, lo que equivale a decir a quererle, a respetarle, a admirarle en sus altas virtudes.

Pasaron varias décadas. La vida del prócer reformista se me ofreció con admirable nitidez en una biografía muy objetiva, muy rigu-

1000120

rosa en el dato documental, pero llena de emoción familiar. La escribe su nieto Rafael Azcárate y Rosell, arqueólogo, historiador, estudioso de las disciplinas filosóficas, de vocación muy seria, de estilo fácil, con un puro sentido de la sencillez y de la claridad y de vasta y bien cimentada cultura.

He releído las páginas de este libro de Rafael Azcárate, sobre su ilustre abuelo, con motivo de la muerte de quien representaba, junto al biógrafo del insigne reformista, con gran brillantez, la persistencia labor cultural de la tercera generación de los Azcárate en Cuba. Encuentro momentos paralelos entre la vida que prematuramente desaparece, en medio del dolor de la patria, y la del gran luchador abolicionista. Alguna vez trataré de señalar esos puntos coincidentes. Hoy, en la muerte de un amigo de largos años, cuya delicadeza moral pude sentir en una carta que es una afirmación de conciencia clara y vigorosa, quiero evocar, como homenaje a su pura memoria, unos leves momentos, perdidos en el alud de la vida, que llenan aún a mi espíritu de un suave resplandor.

Era una hora difícil, decisiva para Carlos Azcárate. Acababa de renunciar, o estaba a punto de hacerlo, a su plaza de magistrado en la Audiencia de La Habana. Comenzaba una nueva etapa de su vida. En estas circunstancias tuve una sorpresa cuando leí el tema de una conferencia suya, en la Casa Cultural de Católicas. Decía simplemente: **Raimundo Lulio**. Fui a oírle. No leyó. No dió tampoco tono didáctico a sus palabras. Era la evocación de una época, en la primera parte; luego la semblanza interior de un gran hombre. Era, antes que nada, una lección de vida, de penetrante sensibilidad. Todo aparecía fulgurante y puro en aquella tarde, que nunca olvidaré. La poesía esencial de la obra del místico de Miramar, del futuro mártir, a quien la Iglesia rinde culto en los altares, llegaba clara, luminosa, expresiva en la palabra de Carlos Azcárate. En el orden formal, aquella era una página antológica por su claridad, por su sencillez, por su sabia arquitectura en la construcción del discurso. En el orden de los valores eternos, era una afirmación de la vida del espíritu.

Ha pasado algún tiempo. Es una tarde del Colegio de Abogados, cuando estaba allí, en su vieja y humilde residencia de una calle ruidosa, Carlos Azcárate, generoso siempre, colabora en uno de los ciclos dedicados a los juristas cubanos. No me ha negado su concurso, a pesar de que ya está en el momento culminante de su cam-

paña política. Está lleno, pensamos, al menos, que debe estarlo, de preocupaciones personales. Habla de José Antonio Cortina, el tribuno que supo encarnar una hora de emoción colectiva. El retrato del fundador de la **Revista de Cuba**, aparece nitido, preciso en la conferencia de Carlos Azcárate. Hay una sensibilidad profunda en la exégesis de una época y de un hombre. Sentimos al tribuno, al patriota, como una figura viva, que aún tiene algo que decirnos en su cálido mensaje. Y nuevamente se nos aparecía el conferenciante en un refugio ideal. El que había creado su sentido de poesía, su misma personal emoción.

Ahora es en el Ateneo de La Habana. Honra la memoria de uno de sus grandes maestros: al doctor Mariano Aramburo y Machado, el tratadista de la filosofía del derecho, el artista de la palabra, el hombre formado en las mejores tradiciones humanísticas. Carlos Azcárate, que en su vigoroso libro **Estudios de Filosofía del Derecho**

(uno de los más serios aportes de la cultura cubana a las altas disciplinas jurídicas) había rendido tributo al maestro de **Doctrinas Pragmáticas**, traza el esquema de su vida y de su obra. Y sin alardes técnicos, con la máxima sencillez, nos presenta el cuadro de valores de la producción de Aramburo. Y también es un estado de sensibilidad, una faceta de la vida interior del maestro, lo que interpreta en su **Elogio** brillantísimo. Sentimos, al través de su palabra, la emoción de una vida noble, en pugna constante con una realidad hostil. Y percibimos en el triunfo indudable—la obra realizada en medio de la indiferencia o de la agresión del medio—un claro valor simbólico: el de las fuerzas espirituales creando la inexpugnable morada interior.

Esa morada interior supo crearla el insigne cubano que acaba de morir. En su desaparición prematura ¿no debemos ver la lucha de una sensibilidad profunda, vigilante con las impurezas de la realidad?

Muere joven aún Carlos Azcárate. No volví a conversar con él desde el día de su **Elogio** de Aramburo. Me cuentan que pasaba noches enteras sin dormir, embargado por múltiples problemas de su obra de gobierno. Los que supimos de su temple moral, de su sentido del deber, lo comprendemos bien. Fiel a su morada interior, sentiría la noche serena en el instante último. Y las palabras del Kempis, que él cita en uno de sus libros, en el grave capítulo dedicado al psicoanálisis y a sus interpretaciones de un hecho delictivo, vendrían a iluminar el postrer momento de una vida que supo mantener una perfecta integridad de conciencia:

«Cuantas veces desea el hombre desordenadamente alguna cosa, pierde luego el sosiego... Pero si alcanza lo que deseaba, siente entonces pesadumbre por el remordimiento de su conciencia, porque siguió a su apetito, el cual nada aprovecha para alcanzar la paz».



INSTRUMENTO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

San, 29/9/46